

# “ La Casimba ”

Novela de Isaac López Freyle

Escribe: ALBERTO MORENO GOMEZ

Cuando la versión novelística se desarrolla a través de un criterio realista, objetivo y directo, mostrando la vida misma de los personajes y de su ambiente, extraña totalmente a los percances bruscos y oscuros de las bajas pasiones, es indudable que se está frente a una obra de arte, envuelta en el lenguaje de la auténtica ficción, sin desconocer la evidencia de los hechos y observaciones que conforman el relato creador de episodios y circunstancias, separados del concepto desapacible en la interpretación que relaja los resortes artísticos por el afán político, racial, de violencia o de sexo que la demerita como producto de la imaginación o de la inteligencia.

*La Casimba*, novela de tipo regional, cuya acción se desenvuelve en la comarca primitiva de La Goajira, es fruto de la capacidad narrativa de Isaac López Freyle, escritor que en los años recientes ha venido alternando sus inquietudes mentales entre los áridos y complejos problemas económicos y financieros y los temas de la belleza literaria. El sedimento romántico que durante mucho tiempo prevaleció en la descripción y

pintura de las frecuencias vitales, constituye seguramente el punto de partida de una modalidad nueva, atrayente y pletórica de pesquisas inquietantes en la órbita de los relatos, estilizados por las concepciones del espíritu creador. Desde luego, la presentación del arte de novelar no es dable concebirlo con criterio iconoclasta, inconformista, negativo, de quienes divagan en el laberinto de las reacciones aflictivas, creyendo que con ello se está frente a sucesos o acontecimientos novedosos de la crítica, o en la formulación de teorías y tendencias perdurables en el campo de las letras.

Esa arbitraria interpretación de los problemas de la cultura ha llevado a algunos escritores a sentar dogmas que se enredan en juicios o conceptos más o menos improvisados, ausentes de las normas clásicas que deben ser la principal preocupación en las cuestiones literarias y artísticas. Obedeciendo a un vulgar razonamiento acerca de los objetivos de la novela, suelen aplicar, quebrantando principios de precisión estética, el derrotero materialista que desconoce radicalmente cierta inevitable e in-

controvertible concatenación de los imponderables del espíritu con la materia misma, desvalorizando así el germen de las grandes ideas. No es solo la relativa imposibilidad intelectual para sujetarse a los cánones tradicionales en la exposición literaria, sino la perniciosa propensión temperamental de tipo conflictivo que los induce al desquiciamiento absoluto de la expresión verbal, del discurrir medurado, de las buenas maneras en las relaciones de la palabra hablada y escrita.

No es ese el caso de la novela *La Casimba* de Isaac López Freyle. A pesar de que incurre en el error idiomático de utilizar términos que bien podía haber omitido en razón del acatamiento debido a la correcta enunciación de situaciones surgidas en el diálogo novelesco, es un caso específico, alejado de esa tendencia propia de quienes creen realizar un portentoso descubrimiento en sus aficiones intelectuales. Contraído a su medio, dominador de los personajes y costumbres, inspirado en el paisaje que lo vio nacer, actor y espectador de vicios y virtudes de su raza, supo captar el mensaje de su pueblo y compenetrarse de sus vicisitudes almacenadas en el alma de su territorio regional.

López Freyle es poeta en la relación minuciosa que lo lleva a estructurar su magnífica novela. Leámoslo en este párrafo descriptivo:

“El verano excedía de duro y producía rasquiña como picada de mosquito. La sabana con su estampa descolorida se entregaba libre y anchurosa con sus harapos de miseria, su canícula ardiente y su soledad inmensa. Su vegetación requeneta estaba enferma de ham-

bre, languidecía de sed y se recostaba sobre la tierra resentida en un colapso de desangre exhibiendo su tísica flaqueza y su ropaje raído por un calor de paludismo. La tierra áspera y seca, quebrada por las huellas del ganado, estaba humillada por la ausencia de vegetación y el verde esmeralda de los pastales que prolifera exuberante en las florestas tropicales. El ganado, los caballos y chivos que en épocas de abundancia alegran la sabana con sus eglógicas romanzas de pífanos y resoplidos cuando ventean a la hembra, ahora se arrastraban sin aliento entre ramazones de espinas hasta caer desvencijados de hambre y sed, alucinados por la ardiente fascinación de la pampa y con los ojos vidriosos de miedo en un trance de angustia insuperada.

“El panorama global de la sabana era de dolor, de abstinencia, de abandono, de una positiva negación de vitalidad. Su acuarela borrosa exenta de jarales y moriches languidecía en su espasmo de inmensidad, haciendo interminables su grandeza y su dolor. Como un cliché de las campiñas holandesas, aparecían los molinos de Jarara y Cojoro gimiendo al compás del viento en un contorsionismo de locura. La embriaguez del ventarrón se entornillaba en sacudidas fuertes, en torbellinos que desgarraban su elegancia con arrebatos de huracán. Como signo adusto y milenarismo de toda una tragedia, estaban los cardones diseminados en la pampa llevando sus duras espinas como único mensaje de la tierra. Y de noche, bajo el dombo de azul purísimo, en un trasluz de diamantes, la pampa dormía su angustia cabreteando en potros de fantasía, el desquite abundante del invierno. Solo el soñar cuajaba vol-

canes de esperanzas que mantenían sobre la tierra dura y hosca, al indio, campeón de la llanura, en la inclemencia inveterada de la pampa. Ni el infierno helado de Rusia, ni la Tierra del Fuego, ni la selva de Rivera, clamaban más fuerte su escarnio de dolor que la pampa goajira en sus agónicos veranos. La selva la dejó huérfana de vegetación, la montaña viuda de frescos manantiales, y el cielo la castigó con sus puñales candentes y un nidal de tempestades huracanadas. Indescifrable misterio, el del tabú del hombre que se siente subyugado por la ruda insolencia de la pampa”.

Esa interpretación subjetiva, adecuada al relato artístico, implica un proceso elevado del espíritu, que revela cierto grado de la cultura en el enfoque de las circunstancias ambientales en que se desarrolla la novela *La Casimba*. Pueden no compartirse las apreciaciones que hace al describir el mundo novelístico por la pintura descarnada y áspera de la vida primitiva del goajiro. Pero existe una fuerza que se paladea, que constituye refugio de los personajes y que atrae por lo humano y maravilloso que lo informa. Separado de la fobia política, racial, sexualista y meramente social, López Freyle emplea un lenguaje castizo, sometido a normas impecables, al método depurado del idioma, a una geometría del arte de novelar que lo sustrae de aquella retórica vacía, que carece de orden en sus postulados y que tiraniza

implacablemente el razonamiento. La grotesca deformación que ahora quiere predominar sentando cátedra y escuela en la crítica literaria es algo que deshumaniza la creación del hombre, una libertad que lleva en sí la negación de la evaluación intelectual y que restringe y limita la estupenda curiosidad en las vivencias mentales.

En esta novela Isaac López Freyle se aparta del dogma, de la ramplonería modernista y del fárrago que desnaturaliza las grandes virtudes creadoras. Por su contenido esencialmente humano, *La Casimba* está llamada a perdurar como novela regional, como expresión terrígena, como cuidadosa indagación de las pasiones, como documento artístico y verbal de la palabra y como experiencia extraída de la misma realidad telúrica.

La novela colombiana siempre se ha caracterizado por la ausencia de fuerza interior que destaque la obra de arte, debido especialmente a sustracción de materia, a que el medio en que se desarrolla es lánguido porque no existe un complejo social que justifique su creación. En la materia prima no hay resortes humanos que permitan la trama en sentido estricto, y su desarrollo suele resultar carente de interés. *La Casimba* se ajusta a lo que es visible en la hermosa región de la patria que es La Goajira, y constituye verdadera superación de un escritor ya consagrado por sus méritos y por sus severas y honestas disciplinas.